

Getación de las naciones andinas

Dos gigantescos pasos había dado pues el hombre andino en los primeros 18 000 años de su historia: había ocupado prácticamente íntegro el territorio, y sentado las bases de un explosivo desarrollo técnico en muy variadas facetas de actividad. Pero, por encima de todo, había logrado poner en producción un territorio muy poco dotado e incluso inoperante para la agricultura ¹⁵⁰.

El salto de la cultura de agricultura incipiente a la cultura de agricultura desarrollada, pudo ocurrir de distintas modalidades. En algunos casos pudo gestarse en el seno del mismo pueblo. De manera autónoma –aunque probablemente traumática–, pasaron pues de una a otra. Otros pueblos pudieron experimentar el tránsito a la sombra de la dominación que ejerció un vecino conquistador. Con muchos otros pudo ocurrir que accedieron a la agricultura desarrollada y a las grandes culturas andinas a través del intercambio pacífico, de la influencia directa de los vecinos inmediatos –de espacio y/o tiempo–, o de la influencia indirecta de más poderosos vecinos mediatos.

Los *ayllus*, cada uno más numeroso que otro, albergaban ahora a varias generaciones y numerosas familias, entre las que había relaciones de parentesco, aunque cada vez más débiles y lejanas. Así, transformados en *ayllus* territoriales, terminaron constituyendo organizaciones mayores: tribus, primero,

grandes pueblos, después, y finalmente naciones poblacionalmente grandes.

Debe sin embargo además destacarse que, más claramente que en el período precedente de agricultura incipiente, ahora los pueblos, conciente y deliberadamente, decidían más y mejor la ubicación de sus centros poblados, que cada vez serían más grandes.

Seguramente que, como en el caso del tránsito de la recolección–caza a la agricultura incipiente, la consolidación de la agricultura desarrollada fue traumática, pudiendo haber estado cargada de violencia. Ello probablemente ocurrió en los pueblos donde los nuevos especialistas agrarios –portadores de novísimas soluciones técnicas–, no pertenecían al grupo dirigente.

La habilidad de los innovadores y la puesta en práctica de sus ideas invariablemente reportaba prestigio, y éste, a su vez, más temprano o más tarde, reportaba un sustancial incremento de poder. Pero los pequeños grupos dirigentes, seguramente, no deseaban ni estaban dispuestos a perder una parte y menos aún todo el poder, ni a cederlo gratuitamente a nadie, habida cuenta de los aún pequeños pero significativos privilegios que implicaba.

El conflicto, el enfrentamiento interno, debió ser en esas circunstancias insoslayable.

Difícilmente podía evitarse. Y habría traído consigo violencia. Y habría significado la aparición de un nuevo liderazgo y la cancelación, e incluso quizá hasta el exterminio del grupo dirigente sustituido. En muchos casos, como puede suponerse, el nuevo liderazgo se ejerció desde la sede de residencia del grupo triunfador.

Resuelto el enfrentamiento, los pueblos crecieron y se desarrollaron. Pero no aislados entre ellos, ni con el mundo que los circundaba en los Andes. Los pueblos tuvieron siempre contacto con sus vecinos. Los hombres que habitaban las fronteras fueron la avanzada que entraba en relación –esporádica en unos casos y frecuente en otros– con los pueblos vecinos.

En este estadio de la historia ni los desiertos de la costa, ni las cumbres nevadas, como tampoco las profundas gargantas y sus torrencios ríos, ni el océano Pacífico resultaban ya obstáculos infranqueable. Como tampoco lo fue la enmarañada selva amazónica.

Esos elementos de la naturaleza, fronteras naturales entre los pueblos, terminaron permeabilizados por la acción creadora del hombre. Las fronteras naturales se cruzaron por simple afán de aventura, unas veces; o para ampliar los conocimientos, en otras ocasiones. También comenzaron a remontarse para intercambiar bienes. Y, claro está, muchas veces, con fines expansivos.

Centroamérica, la zona ecuatorial y el bosque amazónico se hicieron presentes en los Andes centrales en las formas más variadas.

Así, las técnicas líticas y de construcción de los *sechín* y de los *chavín* pudieron haber estado influidas por los *olmecas* centroamericanos –como por demás, y como veremos, parece obvio–. Las técnicas cerámicas y re-

presentaciones religiosas de los antiguos *cajamarcas* en Condorhuasi fueron influidas aparentemente desde la cultura Valdivia de Ecuador. Los antiguos *chimú* tomaron una serie de giros idiomáticos originarios la selva tropical. El contacto con los vecinos fue, pues, una realidad. Y enriqueció la vida de los pueblos andinos.

En la costa norte –como claramente lo insinúan los datos que se ha representado en el Mapa N° 9– múltiples testimonios dan cuenta de la existencia en formación de la que a la postre habría de ser la nación *chimú*, constituida fundamentalmente –como proponemos–, por los pueblos *mochica* de Lambayeque, y *moche* de La Libertad. La similitud fonética de los tres nombres es har- to sugerente de una mutua y fuerte filiación que –como veremos– no era sólo lingüística.

Eran los herederos directos de los viejos recolectores–cazadores de Paiján (ver Mapa N° 7). Y herederos también de quienes habían ensayado la agricultura incipiente en Huaca Prieta (en la zona costera del valle de Chicama) y en Cerro Prieto y Los Chinos, todos en La Libertad (ver Mapa N° 8).

En éste, el período de agricultura desarrollada, el pueblo *mochica* se desarrollaba en las estribaciones cordilleranas en Chongoyape y, en la costa, en otros puntos de los pequeños valles de Lambayeque.

Y ligeramente más al sur, el pueblo *moche* se desarrollaba, entre otros asentamientos: en Cupisnique, en la zona costera del valle de Chicama, y Salinar, en la parte alta del mismo; Caballo Muerto, en el valle de Moche; Guañape y Gallinazo, en el valle de Virú; todos en La Libertad, y; Punkurí y Cerro Blanco, en el valle de Nepeña, en Ancash.

¿Cada pueblo una cultura?

Nuestra propuesta de que en estos asentamientos agrícolas se estaba dando forma a los pueblos *mochica* y *moche*, y de que éstos a su vez estaban dando forma a la nación *chimú*, es esencialmente distinta a las inconsistentes y desestructuradas versiones historiográficas más difundidas. Procuraremos pues presentar lo más claramente posible nuestra hipótesis.

No puede sin embargo dejar de explicitarse antes que una de las mayores observaciones que debe hacerse a la historiografía tradicional andina, es el de haber presentado en compartimentos estancos la vastísima información arqueológica encontrada en el territorio andino. En efecto, virtualmente no se hace ningún intento de relación entre los pobladores que, en un mismo territorio, se sucedieron en el tiempo dando forma a distintas culturas.

Quizá los ejemplos paradigmáticos nos lo proporcionan José Antonio Del Busto en su difundido texto *Perú Preincaico*, y la novísima y costosa edición de *Culturas Preincaicas* que, en estos días (agosto del 2000), en forma de fascículos y con la colaboración de muchos historiadores modernos, viene publicando en Lima el diario “El Comercio”.

En dichos textos –como en casi todos–, aun cuando claramente aparecen ocupando el mismo territorio en distintos momentos de la historia, nada vincula a los hombres de Paiján con los habitantes de Cerro Prieto y Huaca Prieta, por ejemplo; ni a éstos con los de Cupisnique y Salinar; ni a éstos con quienes concretaron la Cultura Moche; ni a éstos, por último, con los protagonistas de la Cultura Chimú. Simple y llanamente se les presenta como culturas distintas que se superponen en el mismo territorio pero sin

antecedentes, o relación con sus predecesores; y sin proyección, o relación con sus descendientes.

A unos y otros se les hace aparecer en el territorio –y en la Historia–, sin que se explique cómo y de dónde surgieron. Y de igual manera se les hace desaparecer –del espacio y de la Historia–.

¿Habían muerto todos habitantes de la ocupación precedente, de allí que no se les vincula con la que le sucedió en el mismo espacio? Si se postula que así habría ocurrido, ¿no significa eso, implícitamente al menos, el muy probable absurdo de que cada vez que apareció una cultura se inició poblacionalmente de “cero”?

Muerte y exterminio en la historiografía

De la lectura de la mayoría de los textos de la historia andina queda la extraña sensación –nunca aclarada por los autores– de que muchos pueblos aparecieron y desaparecieron –del mapa y de la historia– como por encanto y sin explicación.

Como si en un determinado momento, la muerte, como un fortísimo y trágico huracán, hubiera arrasado y eliminado a todos sus habitantes. Así, las tierras ocupadas por éstos habrían quedado por algún tiempo baldías. Y, como por encanto, un nuevo pueblo, numeroso –y cuya procedencia casi siempre se deja en el misterio–, con una cultura distinta, pero coincidentemente siempre “superior” a la del pueblo que se esfumó, ocupa de pronto las tierras de éste.

Ni por un instante se suponga que estamos exagerando. Veámoslo pues rápida-

mente. Ningún historiador duda que la historia antigua del Perú se sustenta, fundamentalmente a su vez, en por lo menos la historia de los siguientes grandes pueblos: *chavín*, *paracas*, *nazca*, *mochica*, *moche*, *inka* y *kolla*. Pues bien, salvo para casos excepcionales, la mayoría de los autores por lo general no explicita cómo y de dónde surgieron esos pueblos. ¿Fueron acaso “adanes” sin padre, y sin madre que los alumbrara?

Y, salvo en el caso del pueblo *inka*, en el que la conquista española resulta inocultable e insoslayable, generalmente tampoco se explicita con claridad cómo y por qué aquellos otros dejaron de estar presentes en la historia. ¿Desaparecieron del mapa sin huella ni rastro? Si así hubiera ocurrido, ¿cómo y por qué desaparecieron?

Del Busto, que probablemente es uno de los historiadores peruanos más publicados y leídos, no tiene reparos en afirmar, por ejemplo: “Así como murieron sus hombres murió también la Cultura Chavín (...) se ignora cómo murió...”¹⁵¹; ni en concluir luego su capítulo sobre la Cultura Mochica con la expresión: “El Intermedio Temprano agoniza y se impone el Horizonte Medio”¹⁵². Más adelante veremos que expresiones como “agoniza” y “se impone” resultan sólo elipses retóricas que encubren y retacean la verdad.

Tampoco es posible construir nuestra historia prescindiendo de Wari: nada menos que uno de los imperios que se impuso en una enorme proporción de los Andes. No obstante, los textos no explicitan claramente qué pueblo fue el protagonista del mismo. Menos pues pueden decirnos cómo y de dónde surgió. Mas tampoco nos informan qué ocurrió finalmente con él a la caída del imperio.

Del Busto, por ejemplo, culmina el capítulo sobre la Cultura Huari (Wari) diciendo:

“Empieza una nueva época. Es el Intermedio Tardío que nace por muerte del Horizonte Medio”¹⁵³.

La historiografía tradicional como también veremos más adelante, sin rubor ni escándalo, con dudosa escrupulosidad y aún más dudoso rigor científico, no sólo ha redactado las actas de defunción de dos de aquellos a los que llama “horizontes”. También ha hecho desaparecer, conjuntamente con sus culturas, civilizaciones e imperios, a prácticamente todos y cada uno de los grandes pueblos que hicieron la historia antigua del Perú.

¿Quiénes han sido entonces nuestros abuelos? ¿Se comprende entonces por qué en el Perú de hoy prácticamente nadie se identifica como *moche-mochica* o *chimú*? ¿Y que nadie se identifique como *chavín*? ¿Y que nadie se reconozcan a sí mismo como *chanka* (o *wari*)? Así, pues, por una nefasta omisión que no tiene atenuantes, la historiografía es corresponsable del gravísimo problema de identidad que existe hoy entre nosotros, los *peruanos*.

Sin duda, algunos poco numerosos pueblos pudieron haber experimentado la muerte súbita de todos sus habitantes, quizá a costa de una gravísima epidemia, de un maremoto o de una gran catástrofe telúrica. Otros pudieron haber sido exterminados por algún enemigo. Uno y otro caso, sin embargo, deben haber sido excepcionales, aislados, y que sin duda habrían afectado a pueblos numéricamente muy pequeños.

Con la mayoría inmensa mayoría de los pueblos tiene que haber ocurrido algo distinto: las epidemias, catástrofes, guerras o conquistas militares, refriegas, revueltas o revoluciones, eliminaban a una parte –grande o pequeña, pero una parte al fin y al cabo– de la población. Y en los casos de las guerras y

de las conquistas imperiales, presumiblemente fueron las élites derrotadas y los campesinos–soldados muertos o esclavizados, los sectores más afectados. Pero cualquiera que fuera la causa del descenso poblacional, el resto de la población afectada continuaba viviendo: transformándose autónomamente, o sometido a un pueblo dominante; alternando con otros pueblos, transfiriéndoles y recibiendo elementos culturales. En definitiva: sobrevivieron a las catástrofes.

Hoy se conoce bastante más sobre el fenómeno océano–atmosférico del Pacífico Sur, y su ocasional terrible gravedad. En la época que revisamos, con centros poblados casi exclusivamente de adobe, los eventos más drásticos debieron tener consecuencias catastróficas. Así, es también presumible que, al ver completamente destruidos sus centros poblados y plantíos, muchos pueblos de la costa se hayan visto forzados a desplazarse, aunque dentro de sus mismos valles, reinstalándose en otro espacio. Allí, necesariamente, consumaban la construcción de un nuevo centro urbano.

No debería extrañar, entonces, que –como ocurre hoy después de cada catástrofe–, los nuevos centros urbanos tuvieran configuración distinta a los que fueron abandonados. Ya no eran el resultado del crecimiento natural. Ya no eran agregaciones poblacionales centenarias, informes y desordenadas. Sin que nadie se lo propusiera, se habían creado las condiciones para nuevos diseños urbanos planificados, y en consecuencia, más y bien ordenados.

Mal puede concluirse pues, que necesariamente todo nuevo centro urbano correspondió a un pueblo o grupo humano distinto al anterior. Y, en rigor, tampoco podría hablarse de una nueva cultura, aunque el planificado orden convoque el asombro y desconcierto de los arqueólogos.

Así, hasta con sorpresa, nos encontramos frente a la posibilidad de que el fenómeno océano–atmosférico del Pacífico Sur, no sólo no habría contribuido al presunto exterminio de pueblos y naciones enteras. Sino que, paradójicamente, habría impulsado la aparición de desconcertantes nuevos centros poblados que, sin duda, dinamizaron y terminaron enriqueciendo culturalmente a las poblaciones que habían sido afectadas.

He ahí entonces la importancia de las hipótesis histórico–geográficas contextuales. De lo contrario, seguiremos asistiendo a ver cómo el fenómeno natural afecta y desconcierta, no sólo la historia sino también a la Historia de nuestros pueblos.

Crecimiento poblacional y continuidad creativa

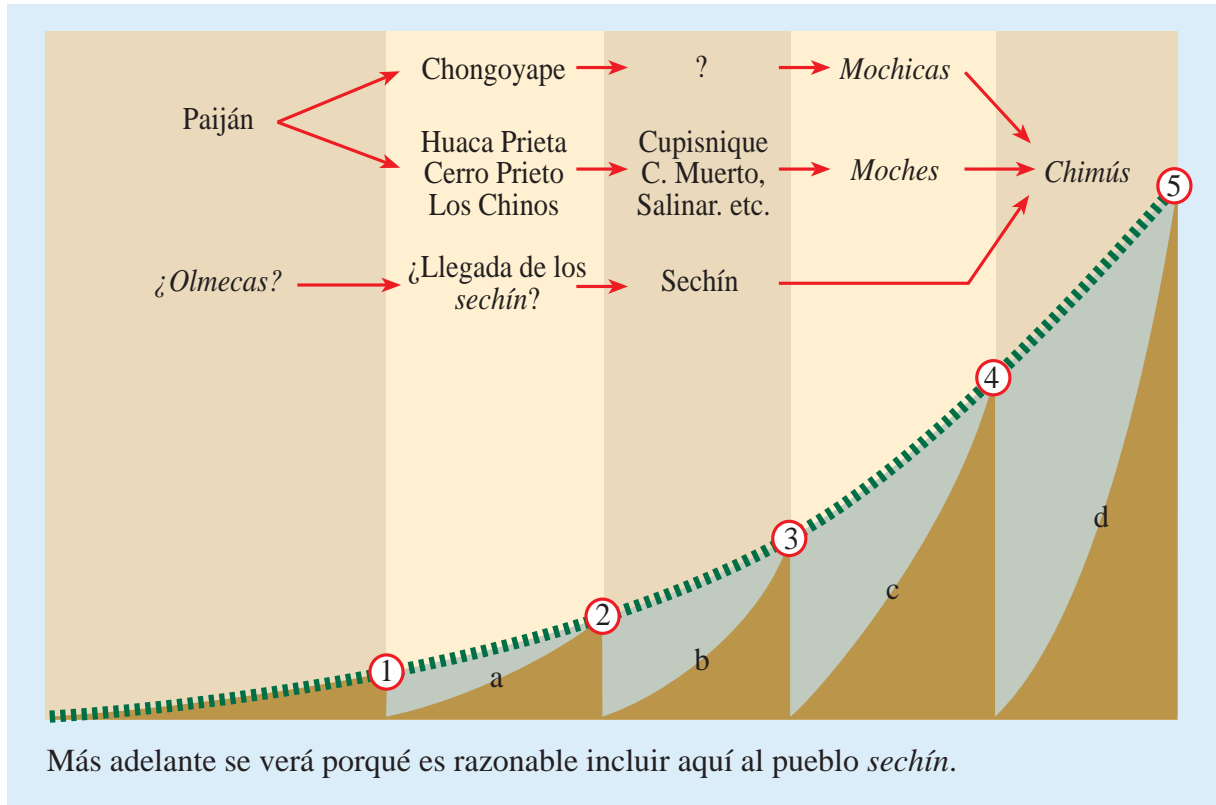
La implícita y sutil pero hartamente presente hipótesis “exterminacionista” –pero que nunca nadie ha osado formular explícitamente– no resiste el menor análisis demográfico.

En efecto, para que el territorio andino tuviera en el siglo XV la población que encontraron los españoles –(5) en el gráfico el Anexo 2, en la página siguiente–, la curva de crecimiento poblacional –en este caso de la nación *chimú* (aunque el criterio es válido para todos los casos de pueblos “exterminados”)– habría sido entonces tan insólita y extraña como la curva dentada del gráfico, tan distinta a la más probable –continua y creciente– marcada en línea punteada (con tendencia o tasas de crecimiento similares a la de la población mundial).

Pero aún más discutible: en cada período la población andina habría tenido tasas de crecimiento tan extraordinarias como las que

Anexo N° 2

Hipótesis de crecimiento poblacional



se señala como “a”, “b”, etc., lo que es sencillamente inverosímil. ¿Qué de extraordinario tenía la población andina para asumir que hubiera tenido sucesivos exterminios seguidos por tasas de crecimiento tan insospechadamente pronunciadas, y distintas a las de la población mundial?

A todas luces es pues más razonable aceptar que hubo continuidad en el crecimiento poblacional, en lugar de drásticas e inexplicables hecatombes demográficas. Ello implica entonces que, por ejemplo en el departamento de La Libertad, las poblaciones que llevaron a cabo la ocupación inicial en Paiján, y las experiencias posteriores de Huaca Prieta, Cerro Prieto y Los Chinos, dieron luego origen a las culturas Cupisnique y Salinar y demás del área, que fueron más tarde objeto de la dominación Chavín, tras la cual la

cada vez más crecida población forma luego la cultura Moche, que fue conquistada por el Imperio Wari, y así se llega a la cultura Chimú y luego a la Inka.

De la misma manera que, siglos más tarde, la cultura de la Colonia se construyó a partir de la población del precedente Imperio Inka, y la de la República a partir de la que quedó a fines de la Colonia.

En síntesis, la sucesión y cambio cultural, con violencia y hasta genocidios de por medio, no habría representado casi nunca el exterminio de la población de la cultura precedente. Si alguna vez ocurrió –en tiempos más bien muy remotos–, debe considerársele la excepción, y no la regla –como errónea e implícitamente se sugiere en la historiografía tradicional andina–.

Las constantes del tránsito cultural

Para el caso que venimos revisando de formación de la nación *chimú* –probablemente idéntico al del resto de naciones andinas–, subsisten sin embargo vacíos de explicación que terminen de dar cuenta de los distintas modalidades como se habrían producido en el tiempo los tránsitos y enlaces entre cada cultura y la siguiente. Y que expliquen que cada nuevo centro de irradiación cultural ha surgido casi siempre en distinta ubicación geográfica que el que lo precedió. Pero hay suficiente información como para postular hipótesis que llenen esos vacíos. Veamos.

Aún tenemos dudas sobre el surgimiento del Imperio Chavín. No está claro si se produjo en un contexto de violencia. Su colapso, en cambio, habría sido un típico caso de revuelta independentista generalizada. El surgimiento del Imperio Wari fue el resultado de cruentas guerras de conquista típicamente imperialistas. Y su destrucción habría sido también un caso de revuelta independentista. A su turno, la formación del Imperio Inka, si bien concretó conquistas “diplomáticas”, en su mayoría fueron cruentas agresiones imperialistas que incluyeron varios casos de despiadado genocidio –como se verá en *Tahuantinsuyo: el cóndor herido de muerte*–.

El tránsito Imperio Inka, Colonia y República es clarísimo y archiconocido. La Colonia surgió tras la derrota militar y liquidación del Imperio Inka. Y la República tras la derrota militar y expulsión del Perú de las huestes virreinales españolas.

Así, una primera constante de innumerables cambios de posta “culturales”, ha sido entonces la violencia. Conquistadora o independentista, pero igual violencia, guerrera y

militarista. Y para decirlo en otros términos, casi siempre las nuevas culturas surgieron de la mano de las élites militarmente triunfantes.

Por otro lado, en el tránsito Imperio Inka – Colonia se produjo el traslado del Cusco a Lima del nuevo centro cultural y hegemónico. No así en el tránsito Colonia – República. Siguió siendo Lima el centro. ¿Pero acaso quebrando lo que ya asoma como una segunda constante? No, la capital siguió siendo Lima por el hecho de que las principales fuerzas expedicionarias e independentistas vinieron de afuera, pero no a conquistar el Perú sino a contribuir a liberarlo del yugo español.

¿Puede caber alguna duda de que si la élite militar y política independentista hubiera sido nativa, oriunda y residente en Huancaayo, por ejemplo, la capital de la República no habría sido trasladada allí?

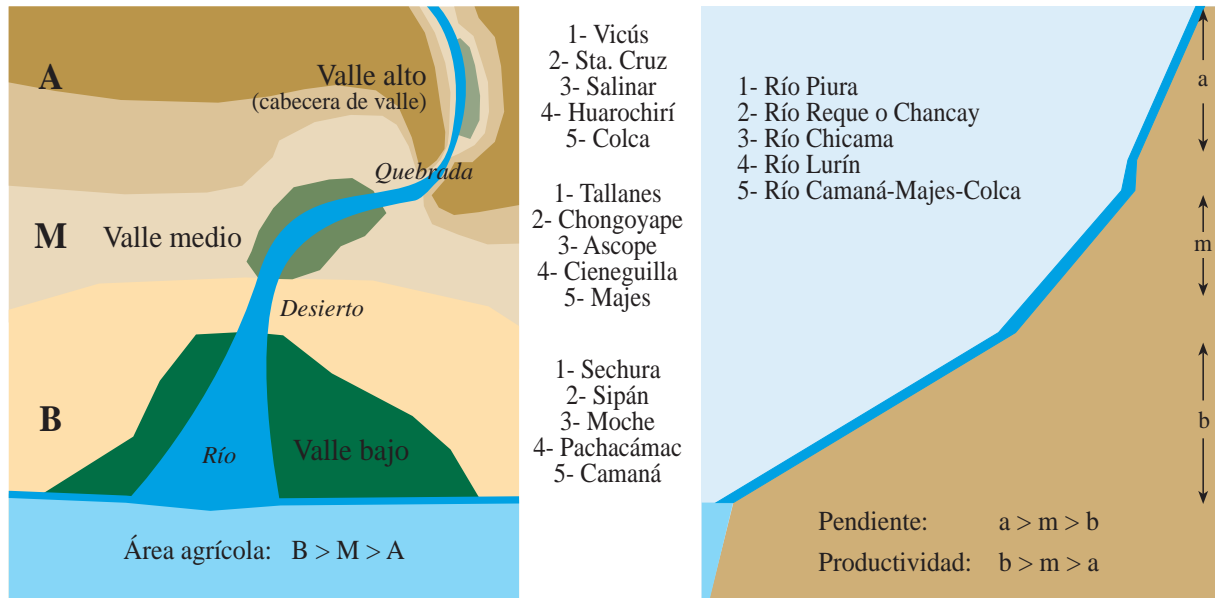
En todo caso, la “historia comparada”, o si se prefiere, el testimonio de muchos de los casos de la vieja historia de Occidente, sí permite precisar que una segunda constante en el paso de una cultura a la que le sigue es la aparición de un nuevo centro físico de irradiación y poder.

Así ocurrió en Egipto, donde hubo hasta tres capitales sucesivas, y en Mesopotamia, donde hubo incluso más. ¿Pero acaso los Andes nativos no experimentaron ostensiblemente lo mismo? ¿Acaso no podría hablarse de tres grandes capitales en otros tantos momentos de la historia andina: Chavín, Wari y Cusco, cada una de las cuales sustituyó a los innumerables centros de poder de los pueblos conquistados?

Por obvio que parezca, debe pues explicarse también entonces la que debe considerarse una tercera constante, porque no necesariamente es parte de la segunda. Cada

Anexo N° 3

Agricultura: fuente de poder y sustento de culturas



nueva cultura nace con el triunfo y consolidación de una nueva élite.

No obstante, las tres primeras convergen en advertirnos –para el caso de todos los pueblos y de todas las naciones andinas–, de la existencia de por lo menos una cuarta constante, la que resumiremos en una palabra: descentralización.

En efecto –si eventualmente para toda la historia andina no fue la única explicación–, resulta bastante razonable asumir que el dinámico surgimiento de sucesivas élites fue una consecuencia de la existencia de muchos centros de poder alternativos y no sólo uno, que es lo característico del centralismo.

Y esa presunta descentralización tendría a su vez una explicación coherente: la agricultura. No sólo porque era –y es– intrínsecamente descentralista (porque de otra manera no puede desarrollarse). Sino porque esa actividad –aunque no hay información empírica que lo sustente–, razonablemente puede

presumirse que ocupaba por entonces al 95% o más de las poblaciones de cada uno de los pueblos y naciones de los Andes.

Quizá la única excepción fue la de los *kollas* altiplánicos, donde un alto porcentaje de la población estuvo exclusivamente dedicado a la ganadería, esto es, a la explotación de su enorme riqueza de auquénidos. Éstos, por alimentarse de un pasto nutricionalmente muy pobre, necesaria e inadvertidamente, obligaban a la dispersión de la población en el altiplano. Así, también la ganadería fomentó la descentralización productiva y poblacional.

Para la mayoría de los pueblos, la agricultura era pues, virtualmente, la única gran actividad productiva. Casi todas las restantes, cerámica, textilera, construcción, etc., eran realizadas no tanto por especialistas, cuyo número seguramente era aún muy reducido, sino por los mismos campesinos –o pastores, en el caso de los *kollas*–, como complemento de sus tareas agrícolas –o ganaderas–.

No obstante, esa característica intrínsecamente descentralista de la agricultura –y la ganadería– aún no explica la generación de grupos de poder. ¿Qué explicaría entonces que dentro de cada pueblo y dentro de cada nación hubiera distintos grupos potencialmente fuertes y capaces en un momento de entrar en disputa con el poder de turno y derrocarlo? ¿Y en su momento el surgimiento de élites independentistas contra los imperios? ¿Y finalmente el surgimiento de naciones poderosas con capacidad para guerrear sucesivamente contra otras y conquistarlas?

Nuestra hipótesis, que aparece entonces como una quinta constante, es que –para todo el territorio y para toda la historia andina antigua–, la esencia de la cuestión está una vez más en la agricultura. Porque era la única actividad productiva capaz de generar excedentes, en consecuencia riqueza, y en definitiva poder, en distintos puntos geográficos, a las distintas etnias y/o grupos más o menos distintos y competitivos de que se componían los distintos pueblos y naciones en formación.

Esa multiplicidad de potenciales centros de poder alternativos, fue sobre todo evidente allí donde un mismo pueblo dominaba dos o más valles, separados por desiertos o montañas que impedían la integración y control absolutos –como nítidamente se verá en más de uno de los mapas que se presenta más adelante–.

En tales casos, que fueron precisa y particularmente los de los *moches*, *mochicas* e *icas*, cada uno de los valles que controlaban, en definitiva, incubaba un grupo de poder que, en un determinado momento, dadas específicas circunstancias, podía, con éxito o sin él, hacer frente al poder central intentando arrebatarle la hegemonía. A ese respecto, no puede considerarse una simple casualidad que, en la historia de esos pueblos, sus dis-

tintos centros de irradiación cultural hayan surgido en valles diferentes. Ni que el poder central se haya intermitentemente desplazado de un valle a otro. En el caso de los *moches*, entre los valles de Chicama y Moche. Y entre los *icas*, entre los valles de Pisco, Nazca y Chincha.

Más aún –como sugiere el gráfico del Anexo N° 3, en la página precedente–, dada la empinada y quebrada topografía por la que atraviesan los ríos andinos –tanto en la costa como en la cordillera–, casi todos crean dos y más valles en su recorrido, mutuamente poco comunicados, ya sea por estrechísimas y empinadas quebradas o por espacios desérticos.

Así, en un mismo valle, lograron desarrollarse centros de irradiación cultural diferentes y/o poderes distintos y alternativos y/o simplemente pueblos distintos, como se muestra para el caso de cinco importantes ríos de la vertiente del Pacífico o de la costa peruana.

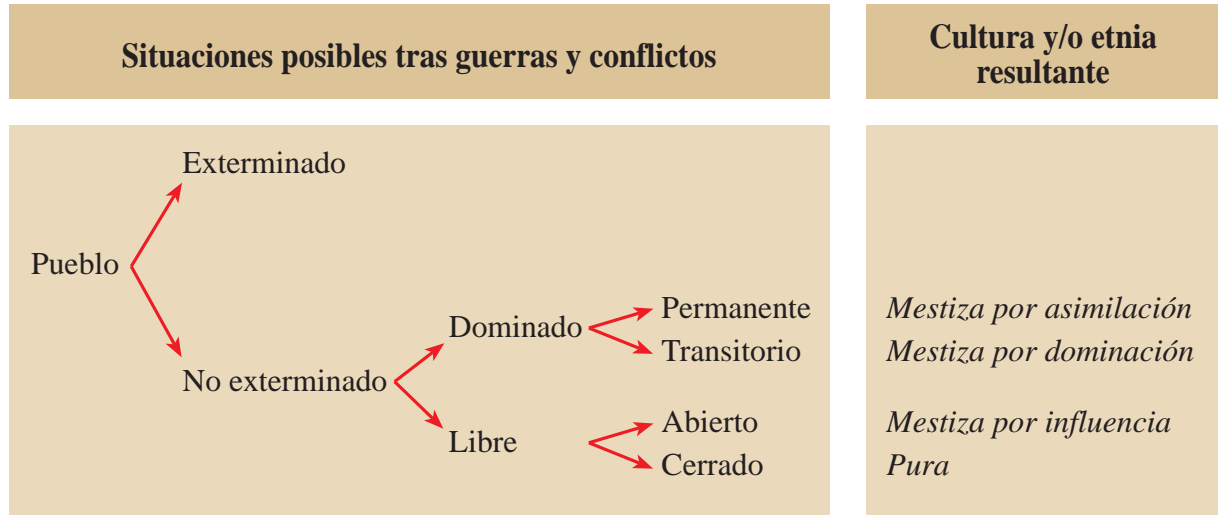
En general –como también sugiere el gráfico–, son los valles bajos los más extensos, productivos y, en definitiva los más ricos. Así, en el caso de los *mochicas*, sobre el río Reque; de los *moches*, sobre el río Chicama; o de los *limas*, sobre el río Lurín; fue cerca a la costa donde finalmente se dio el mayor desarrollo, y donde se concentró el mayor poder, dominándose además a todos los pueblos río arriba del valle. En otros, por accidentes de la naturaleza, son los valles medios los más ricos. He ahí los de Piura, Ica, Nazca y Santa, por ejemplo.

El viejo mestizaje andino

Si el surgimiento de nuevas culturas puede consistentemente relacionarse con la apa-

Anexo N° 4

Hipótesis de mestizaje étnico y cultural



rición y consolidación de élites o grupos de poder militarmente triunfantes, en muchísimos casos el surgimiento de éstos puede relacionarse a su vez con nuevas guerras y conflictos.

Así por ejemplo, Pachacútec, y su grupo familiar *–panaca–*, desplazaron al poder de turno en el Cusco, cuando asumieron el liderazgo militar para enfrentar la amenaza *chanka* en el siglo XV. Y se consolidaron y encaramaron en el poder al cabo de su resonante triunfo militar. Tras ello, es bien sabido, se desató el expansionismo militarista que dio forma al Imperio Inka. ¿No es lícito asumir que procesos de esa misma naturaleza se hubieran dado también antes? En todo caso, resulta una hipótesis más a estudiar.

Está en cambio comprobado hasta la saciedad –en los Andes y en el mundo– que todas las guerras, y mucho más todavía las que conducen a la formación de imperios, han concretado complejos procesos de mestizaje, tanto cultural como étnico. En todas las guerras los triunfadores han sembrado su sangre en infinitas violaciones a las mujeres de los pueblos derrotados y/o conquistados.

Y como hicieron los conquistadores *inkas* y *chankas*, y como puede suponerse también los *chavín*, las guerras triunfantes de los imperios pusieron en práctica masivos y compulsivos traslados poblacionales *–mitimaes–*, injertando grupos enormes de una nación en otra, generalmente muy distante. Qué duda cabe que a éstos les cupo también la tarea de incrementar la fuerza e impacto del proceso de mestizaje étnico y cultural.

Así, finalmente y en líneas generales, como alternativa a la presunta y nunca probaba “desaparición” de muchos pueblos andinos, es posible plantear entonces un esquema como el que se muestra en el Anexo 4.

Los cuatro tipos de formaciones culturales a los que se llega son, sin embargo, sólo los básicos.

El mestizaje étnico y cultural se complejiza indefinidamente desde que un mismo pueblo puede haber pasado –y de hecho así ha ocurrido– por múltiples guerras, así como por etapas de libertad y sojuzgamiento sucesivas, y no de uno sino hasta de varias naciones imperiales.

El esquema, siendo válido para las “culturas” (actitudes, conductas, conocimientos, costumbres, etc.) de los pueblos, no lo es necesariamente para los aspectos étnicos (genéticos y fenotípicos) de los habitantes que poseen esas culturas.

Porque, por ejemplo, se puede ser hoy “culturalmente” *occidental* y “étnicamente” *mochica*, *chavín* o *chanka*, o de cualesquiera de las múltiples variedades de mestizaje genético que se dan en el Perú. Y con esa doble identidad actual tenemos orgullosamente que reconocernos la inmensa mayoría de los *peruanos*, porque –a despecho de la historiografía tradicional– nuestras múltiples raíces étnicas ancestrales no han desaparecido: asoman inequívocamente en nuestros propios rostros.

!Cada pueblo muchas culturas!

Acerquémonos pues otra vez a la historia de la naciente nación *chimú*. El padre Vargas Ugarte puso en evidencia que, en el siglo XVI, los únicos habitantes que se autodenominaban “mochicas” eran los del área de Lambayeque y cuyo idioma era el “muchik”. Un magnífico representante del genuino pueblo “mochica” es precisamente el ya célebre “señor de Sipán”.

Sin embargo, y sin duda a partir del parecido fonético, un error generalizado –que se mantiene mucho tiempo vigente–, llama también “Mochica” a la cultura “Moche”, que desarrolló (aprox. entre el 100 aC y el 700 dC) el pueblo *moche* y cuyo centro urbano más importante estuvo ubicado en el valle de Moche (en departamento de La Libertad), 250 Kms. al sur de Lambayeque. Este otro pueblo, en el siglo XVI, hablaba también el “muchik”, pero se autorreconocía con el

nombre “chimú” y su cultura ha sido por eso denominada “Chimú”.

Pues bien, descartando la hipótesis “exterminacionista” y adoptando en su lugar la de continuidad demográfica, y haciendo además también nuestra la precisión etnohistórica realizada por el padre Vargas Ugarte, es que –con cargo a mayores precisiones más adelante– seguimos asumiendo que los pobladores agrícolas de Lambayeque estaban dando forma al pueblo *mochica*, y los de La Libertad al pueblo *moche*. Y que unos y otros gestaban a su vez la nación *chimú*.

Permítasenos entonces extraer algunas conclusiones válidas para el conjunto de la historia andina que queda por presentar:

a) Cada “pueblo”, a lo largo de su historia, ha sido capaz de crear y/o adoptar varias “culturas”. De hecho, en la historia de la humanidad, los “pueblos” han demostrado mayor longevidad que sus “culturas”.

Los “pueblos” son más estables que las “culturas” que ellos mismos libremente crean, adoptan y/o que, bajo procesos de dominación, fueron obligados o impelidos a adoptar. Dentro de un mismo “pueblo” las “culturas” se suceden una a otra, mas el “pueblo” sigue siendo el mismo.

b) Cada una de las sucesivas “culturas” que un “pueblo” desarrolla, adopta y/o se ve obligado a asumir a lo largo de su historia tiene que seguir siendo identificada con un nombre propio.

c) Pero también es imprescindible distinguir entre las distintas y sucesivas “culturas” y el “pueblo” (o “nación”) que las creó y/o adoptó. Ello permite, por ejemplo, establecer el siguiente esquema y progresión para el caso de la “nación” *chimú* y los dos principales “pueblos” que la formaron: *moche* y *mochica*:

Nación Chimú

Pueblo: *moche*

Territorio: La Libertad

Pueblo: *mochica*

Territorio: Lambayeque

Siglo	Culturas (o formaciones culturales)	
(C)	Paiján	?
(XXV)	Huaca Prieta	?
(X)	Cupisnique (som. a Chavín)	Chongoyape (som. a Chavín)
(VIII)	Chavín (por dominación)	Chavín (por dominación)
(V)	Salinar	?
VII	Moche	Mochica
X	Wari (por dominación)	Wari (por dominación)
XIII	Chimú	Chimú (por dominación)
XIV	Inka (por dominación)	Inka (por dominación)
XVI	Colonial (por dominación)	Colonial (por dominación)
XIX	Republicana (por asimilación)	Republicana (por asimilación)

Es posible pues registrar la historia de las “culturas”: las creaciones humanas. Pero es fundamental registrar la historia de los “pueblos”: los protagonistas, creadores y/o asimiladores de las culturas. En este trabajo queremos privilegiar el registro de la historia de los pueblos, sin descuidar, no obstante, el reconocimiento y explicitación de sus sucesivas y distintas formaciones culturales.

Por todos esos motivos, pero por sobre todo por el de continuidad demográfico–geográfico–histórica, haremos sistemática y reiteradamente mención a las siete grandes “naciones” del mundo andino peruano: *chimú*, *chavín*, *lima*, *ica*, *chanka*, *inka* y *kolla*, y a muchos otros medianos y pequeños pueblos que compartieron con ellas el vasto territorio andino.

Porque simultáneamente que los nacientes *chimú* –*moches* y *mochicas*–, no menos

numerosas, y con también milenarios antecedentes, eran las evidencias de formación, en la costa central, de las que serían las naciones *lima* e *ica*. Y la cordillera fue albergando en su seno a innumerables pueblos que habrían de formar las naciones *chavín*, *chanka*, *inka* y *kolla* –como se aprecia en el Mapa N° 9, en la página siguiente–.

Muchos grupos humanos en esta fase inicial de desarrollo intenso de la agricultura convergían a la formación de los que serían los grandes pueblos y las grandes naciones andinas.

Los identificaremos por los nombres de las culturas que ha bautizado la historiografía tradicional, y (entre paréntesis) por los de los pueblos o naciones a que daban origen.

Un primer grupo estaba asentado en la costa norte: Vicús, en Piura (*tallanes*); Chon-



goyape, en Lambayeque (*mochicas*); y Salinar, Cupisnique, Caballo Muerto, Queneto, Alto de la Guitarra, Guañape, Gallinazo, Puncurí, Ipuna y Cerro Blanco, en La Libertad (*moches*).

Poco más al sur un segundo conjunto lo integraban Toril, Sechín, Moxeque y Las Haldas, en la costa de Ancash (acaso *sechín* todos ellos), y Chavín, Huaylas y Huaricanga, en el área cordillerana de ese territorio. Colindaba con éstos últimos, al otro lado de la cordillera Blanca, Kotosh, en Huánuco. Gran parte de las poblaciones de este segundo complejo espectro, a la postre sería la principal base de la nación *chavín*.

Más al sur estaban, en un tercer grupo, El Aspero, Ancón, El Paraíso, Garagay, Tablada de Lurín, Manchay, Cardal y Curayacu, en Lima (*limas*); y Disco Verde, Pucato Nuevo, Paracas y Ocucaje, en Ica (*icas*). Y, a la derecha de éstos, tras la cordillera, Chupas, en Ayacucho (*chankas*).

Los *chavín*, pues, eran sólo uno entre los diversos pueblos de esos tres grandes grupos. Siglos más tarde, sin embargo –como muestra el mapa–, los conquistarían y dominarían a todos ellos.

Fuera del imperio, pero altamente influidos por su vecindad, quedarían, Huayurgo, Udima, Pacopampa, Condorhuasi y Torrecillas, en Cajamarca (*cajamarcas*). Y lejos de su alcance, en el sureste cordillerano, Marcavalle, en Cusco (*inkas*); Qaluyo y Pukara, en Puno (*kollas*), y Tutisucanyo, en Ucayali (*antis*).

En torno a ellos, la arqueología, ante la abrumadora evidencia empírica, ha logrado mostrarnos dos hechos concluyentes. Para todo el conjunto, y entendiendo a todo el territorio como una unidad de hecho, factual, en primer lugar la indubitable demostración de que, apuntalado en el desarrollo de la agricultura, estaba en marcha y riquísimo y fértil proceso de descentralización y de ocupación plena del territorio andino.

Siendo que la mayoría de los pueblos y naciones señaladas, desarrolló y consolidó las ciudades culturas en el amplio período 2500–1200 aC, obsérvese pues cuán remota puede identificarse la ocupación *inka* de su territorio –que contrasta enormemente con la que por lo general refiere la historiografía tradicional a ese pueblo, al que se le hace “aparecer” muchos siglos después–.

El largo y lento proceso de poblamiento que se experimentó, fue llevando a la población del territorio andino –de la costa y de la cordillera– de unos pocos miles de hombres en los años 20 000 aC, hasta algo más de medio millón de habitantes hacia el año 1500 aC, según puede estimarse.

Cuadro N° 2
Población andina (2 000) - (1 000)

Año aC	Población (miles)	Tasa de crecim. por siglo
(2 000)	433	7.18
(1 000)	915	7.78

La explotación agrícola intensa había generado incrementos tales en la producción alimenticia y de fibras de abrigo, que las poblaciones experimentaron incrementos en la tasa de fecundidad, disminución de la tasa de mortalidad y elevación del promedio de vida.

Desde el inicio del desarrollo intenso de la agricultura todos los pueblos venían enfrentando el mismo conjunto de problemas básicos: abastecimiento alimenticio y de agua; provisión de abrigo y techo; almacenamiento y acarreo de productos líquidos y sólidos; generación cada vez más eficiente de energía; neutralización de peligros por acechanzas de la naturaleza y de los animales; convivencia y rivalidad con otros pueblos; entretenimiento; pérdida de seres queridos; conocimiento de la naturaleza; comunicación física y oral; miedos, temores; y muchos otros.

Cada pueblo, sin embargo, y básicamente en función a las peculiaridades de su territorio, había adoptado generalmente soluciones propias a esos problemas. Es decir, en el contexto de su propio proyecto implícito, cada pueblo había ido forjando su propia cultura, o, si se prefiere, complejos sistemas culturales propios que, como se ha listado, eran muchos en los Andes de aquel entonces.

En el contexto de ese proceso de creciente complejidad, la consolidación de la agricultura intensiva significó pues un nuevo punto de partida, un nuevo hito en la historia de los pueblos: dejaban atrás sus culturas primitivas y empezaban a construir las que serían las grandes culturas andinas.

Así, los cada vez más grandes excedentes que se fue generando la tierra cultivada, posibilitaron que algunos contingentes de población pudieran dejar el espacio rural y asumir otras tareas en el espacio urbano. Comenzaba entonces a ser cada vez creciente el

número de especialistas en los pueblos andinos. Y los resultados de su labor, siempre a expensas de los excedentes que generaba la agricultura, eran cada vez más sorprendentes y diversos.

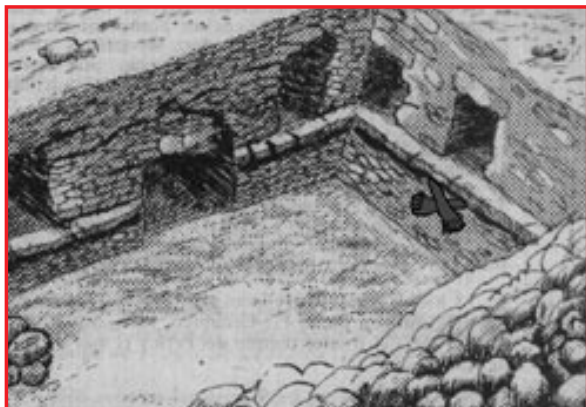
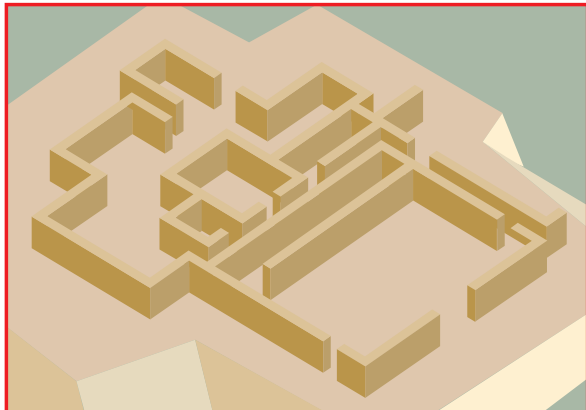
No sólo los grandes edificios que se levantaron en El Aspero, en Supe, al norte de Lima; y el de El Paraíso (también llamado Chuquitanta), en Lima misma (a sólo unos kilómetros del actual aeropuerto de la capital del Perú), que son los que presentamos en las Ilustraciones N° 2 y 4, en la página siguiente. Sino también los famosos y grandes edificios en forma de “U”, muchos de los que, entre los pueblos de la larga enumeración anterior, fueron construidos incluso antes que sus equivalentes en Chavín de Huántar.

Pero en todos los pueblos involucrados en ese complejo y numeroso conjunto, se ha constatado también la existencia de grandes unidades urbanas que lideraban la creación cultural y desde donde se irradiaba al resto de cada nación, pero sobre todo a los periféricos pequeños centros poblados de la misma. Hasta dos docenas de centros urbanos eran más grandes que Chavín –como lo acaba de recordar el arqueólogo norteamericano Richard Burger¹⁵⁴.

También a través del *ayni*, ese ya milenario trabajo del *ayllu* y de los pueblos más grandes en beneficio de sí mismos, las aldeas y centros urbanos mayores fueron dotadas de más y mejores centros administrativos y religiosos.

Respecto a otras manifestaciones de creación cultural fructífera, de Kotosh (Huánuco), en las cercanías cordilleranas de Chavín, han quedado las renombradas “manos cruzadas” del templo de este nombre (ver Ilustración N° 3). Y de Garagay (Lima), han quedado también hermosas esculturas–murales.

Ilustraciones N° 2 - 3 - 4
El Aspero - Kotosh - El Paraíso



Fuentes:

- Kauffmann, **Manual...**, p. 161.
- Del Busto, Perú Preincaico, p. 77.
- Foto del autor.

Quizá no sea difícil convenir en que, tanto la ampliación y modernización de las áreas habitacionales de los centros urbanos, como los grandes edificios administrativos y religiosos erigidos también en ellos, así como las expresiones artísticas esculturales en ellos

materializadas, no dejaban todas ellas de ser formas de consumo.

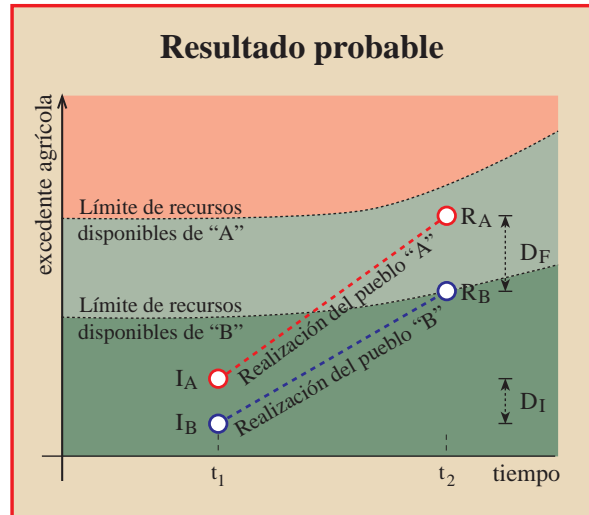
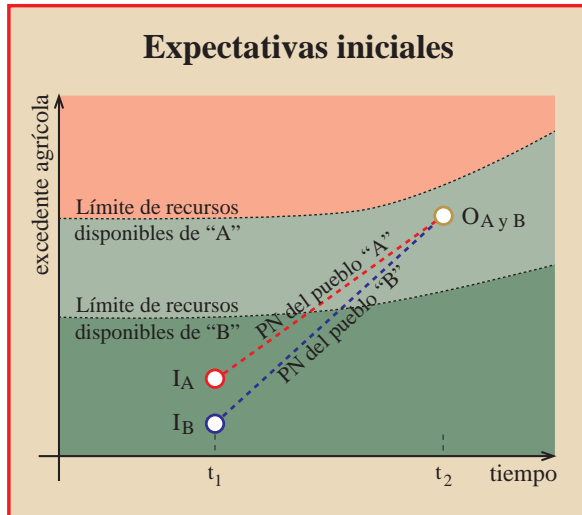
Se generalizó también la construcción de obras hidráulicas, como muchos de los canales de regadío que han quedado de Sechín. Sin duda, por otra parte, las sucesivas mejoras en las características hidrodinámicas de las mismas, sólo pueden explicarse por la presencia de los novísimos, muy apreciados y respetados especialistas en esa materia.

Se construyó asimismo almacenes para guardar temporalmente los excedentes agrícolas. Y las estrechas vías peatonales que enlazaban entre sí las aldeas, y a éstas con el centro urbano más importante, fueron ensanchadas y quizá hasta se les disminuyó las pendientes. Eran ahora caminos más amplios y seguros.

Sorprendentemente, en otro orden de cosas y en clara demostración de cuán familiarizados estaban ya con el fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, los protagonistas de Manchay, en las proximidades de Pachacámac (Lima), dejaron el testimonio de un gigantesco muro de 7 metros de alto por 6 de ancho, y de 700 metros de largo, que el doctor Burger presume estaba destinado a minimizar los efectos de los aludes a que dan lugar las intensas lluvias que genera el fenómeno ¹⁵⁵.

Puede pues hablarse, para una fecha tan remota como esa, de los primeros grandes esfuerzos para contrarrestar los siniestros del evento climático: parapetos contra deslizamientos provocados por El Niño. Quizá otros pueblos también lo hicieron. Y presumiblemente más todavía los pueblos del norte de Lima, más próximos al centro de impacto más frecuente del fenómeno. Eventualmente todavía están en pie o semiderruidos, y erróneamente se les sigue atribuyendo sólo un rol de defensa militar.

Gráfico N° 27
Riqueza disponible y Proyecto Nacional



Pues bien, quizá también es fácil convenir en que, tanto las obras hidráulicas, como los caminos, almacenes y parapetos de defensa contra la naturaleza, eran formas ostensibles de inversión, eficiente y reproductiva.

En el nuevo contexto aparecieron también y se generalizaron otras dos nuevas y estrechamente relacionadas actividades productivas: la minería y la metalurgia del estaño y del cobre, pero también del oro, como lo demostraría Chavín.

La del cobre permitió la confección de herramientas diversas, adornos y utensilios, así como puntas altamente eficientes para la caza y armas de guerra. Es decir, nuevos instrumentos y nuevas tecnologías, imposibles de imaginar en el contexto de la vida nómada. Y la del oro dio paso a la confección de adornos y otras formas equivalentes de consumo de élite.

Y a diferencia de sus antecesores, que no la conocieron, estos pueblos de agricultura avanzada contaban también ahora con la cerámica, de tan versátiles usos prácticos y cotidianos en la cocción de alimentos, trans-

porte de líquidos, almacenamiento de excedentes agrícolas; pero también de uso artístico-decorativo, de consumo más bien elitista.

Puede entonces definirse que, tanto la minería y metalurgia, como la cerámica, tuvieron un doble propósito: consumo e inversión.

En un rico y dinámico proceso de retroalimentación, el mejoramiento de las técnicas agronómicas, así como el de las técnicas de irrigación y de control calendario del tiempo, contribuyeron a elevar aún más la cantidad y la calidad de las cosechas, incrementándose así los niveles de vida y aumentando aún más el volumen de la producción excedentaria, que empezaba así a crecer en progresión geométrica.

Los cada vez mayores excedentes empezaron entonces a tener hasta tres destinos diferentes, aunque nunca más de los únicos dos usos posibles: inversión o consumo.

Por lo general, sin embargo, inmediatamente después de la cosecha eran almacenados, para luego progresivamente llegar a su destino final al cabo de meses.

Una fracción, quizá la mayor en esta etapa de la historia, solventaría nuevas formas de inversión productiva: más canales de regadío, más y mejores caminos, nuevos almacenes y/o nuevos muros de defensa contra la naturaleza.

Una segunda fracción tenía como destino el consumo equitativo entre toda la población, ya fuera de tipo directo o indirecto. El primer caso era por ejemplo el del consumo de excedentes en las fiestas populares. Y el segundo el de la parte del excedente que se gastaba en la construcción de edificios administrativos, por ejemplo.

La tercera y última fracción era apropiada por el *kuraka* del *ayllu* o por el grupo dirigente que, en la cúspide jerárquica, tenía la administración general y concentraba la mayor cuota de poder del pueblo o de la nación en formación. Tenía pues como destino un consumo inequitativo o discriminado y selectivo. Era el caso de la parte del excedente que solventaba los privilegios habitacionales, de indumentaria, afeites y adornos de que empezó a hacer gala la élite en el poder.

La apropiación discriminatoria de una parte cada vez más creciente del excedente por el sector dirigente de la población, fue distanciando cada vez más los intereses de aquél respecto de los de ésta. Unos y otros, sin embargo, habían acumulado ya intereses significativamente mayores que los que habían detentado sus antepasados.

Pero si bien todos los pueblos de esa etapa a grandes rasgos estaban experimentando las mismas grandes líneas de evolución, no a todos habría de corresponder exactamente igual suerte. Ya de partida, más allá de la voluntad y aspiraciones de sus integrantes, había diferencias más o menos relevantes de riqueza agrícola y forestal, ganadera y pes-

quera o minera, disponible para unos u otros. Objetivamente las diferencias de riquezas naturales disponibles definían un destino distinto: no todos los pueblos, aunque lo pretendieran, podían alcanzar los mismos objetivos; la propia naturaleza imponía inexorablemente más o menos severas restricciones a algunos de ellos –como pretende ilustrar el Gráfico N° 27, en la página anterior–.

Pero habrían de darse también condiciones climáticas fortuitas, que favorecerían a unos pueblos y perjudicarían a otros. Unos además tenían poblaciones mucho más numerosas que otros. Había mayor o menor satisfacción de las necesidades alimenticias por habitante, con probable déficit en algunos pueblos y superávit en otros. Tenían desiguales desarrollos tecnológicos. Todas esas variables, sin duda, suscitaron, finalmente, desiguales condiciones generales.

No todos los pueblos, pues, estaban objetivamente en igualdad de condiciones. Mal podían entonces todos conquistar objetivos cualitativa y cuantitativamente equivalentes, ni defender con la misma fuerza el patrimonio que habían acumulado. Y esas diferencias objetivas fueron decisivas cuando se vieron envueltos en el trance de cotejar sus fuerzas con vecinos próximos o mediatos.

En efecto, estando posesionado el hombre andino de prácticamente todos los valles de la costa y de la cordillera, la única manera de que disponía un pueblo para incrementar sus espacios de libre disposición –y los recursos que en él se hallaban– era arrebatándoselos a otro que, por lo general, era su vecino.

Ese objetivo de acrecentar los recursos –agua, tierra cultivable, ganado, bancos marinos, bosques, canteras, minas, etc.– estaba presente en todos los pueblos de los Andes. En unos para resolver problemas de escasez

alimenticia, en otros porque deseaban recuperar anteriores niveles de vida y en otros porque, con similar derecho, anhelaban mejorarlos.

Trabados en guerra dos pueblos, sabían que el éxito y los beneficios con que se habría de alzar el vencedor se obtendrían a costa del fracaso y de las pérdidas del vencido. Los habitantes del pueblo vencido podían tener diferentes destinos, pero siempre un común denominador: veían gravemente afectados sus intereses.

La derrota suponía para muchos la pérdida de la vida. Entre los sobrevivientes, algunos abandonaban y perdían sus tierras, cosechas, ganado, bosques, minas, viviendas, y se refugiaban, en pequeños núcleos, en parajes inhóspitos, cada vez más alejados de los ríos de la costa, o cada vez a mayor altura, en la cordillera.

Otros de los sobrevivientes lograban conservar sus viviendas y una parte de sus tierras y ganado, pero debían, a cambio, pagar tributo al vencedor. Podían ser obligados a asimilar una nueva religión, un nuevo idioma y nuevas costumbres. El pueblo vencedor, por regla general, imponía su propia cultura y, en desigual intercambio, virtualmente asimilaba todo avance tecnológico que encontraba en el pueblo al que había derrotado.

Así, los pueblos derrotados veían reducirse a la mínima expresión el conjunto de sus intereses. Los triunfadores, en cambio, observaban un nada despreciable incremento de los suyos: tierras, cosechas, bosques, minas, ganado, pieles, tejidos, redes, instrumentos, cerámica, tecnologías diversas, etc.

En general, es posible afirmar que la guerra suponía la eliminación, transformación o aplazamiento indefinido del proyecto del pueblo derrotado, según fuera extermina-

do, definitivamente asimilado o temporalmente dominado. E implicaba –transitoriamente por lo menos– la potenciación del proyecto del pueblo conquistador.

Para unos y otros, entonces, ya no era más la naturaleza el único elemento que había que superar. En adelante, en el contexto de su proyecto implícito, para que un pueblo alcanzara los objetivos que se había propuesto, era necesario superar los obstáculos y oposiciones que planteaban otros pueblos.

Las guerras tuvieron, probablemente, además, otras consecuencias de singular importancia. Muchos de los guerreros vencedores violaban y embarazaban a las mujeres del pueblo vencido. Los hijos de este mestizaje eran objeto de variadas formas de repudio, tanto en el pueblo de la madre como en el del padre. En particular, fueron repudiados por sus hermanos –paternos en el pueblo conquistador, y maternos en el pueblo conquistado–, con quienes, precisamente –y como ostensible prueba de rechazo–, quedó prohibido el matrimonio.

Así, fueron desarrollándose formas de parentesco que tanto el pueblo vencedor como el vencido consideraban inferiores, y respecto de las cuales las líneas no mestizas aparecieron como superiores ¹⁵⁶.

La restricción del matrimonio entre hermanos adquirió más tarde gran difusión, dando lugar a nuevas consecuencias. En efecto, al renunciar los hombres a sus derechos sobre ciertas mujeres madres, hermanas e hijas las hicieron disponibles para otros, pero, simultáneamente, adquirieron el derecho sobre las mujeres de otras familias. Estas nuevas relaciones, de carácter exogámico, suponían consanguinidad y alianza ¹⁵⁷ con los miembros del *ayllu* y del pueblo de donde provenía el cónyuge.

El pueblo sechín

Pues bien, todo parece indicar que entre los pueblos asentados en los Andes en este período, el de características guerreras más pronunciadas fue *sechín*. Su principal asentamiento, en la costa norte Casma, reúne, en efecto, las evidencias y los testimonios de violencia más acusados.

Sechín, como se ha dicho cuando hablábamos del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, habría sido el primero de los grandes pueblos del período de agricultura avanzada que experimentó de cerca los terribles estragos del fenómeno. Una gran avalan-

cha en efecto virtualmente sepultó el primer gran edificio de Cerro Sechín.

¿Acusaría la violencia que registran los monolitos de *Sechín* el drama de desabastecimiento general y hambruna que se habría producido como consecuencia del fenómeno?

Los insólitos monolitos de los *sechín*, trabajados con contenidos temáticos, diseño (facciones y expresiones corporales de los personajes) y técnica de grabado de notable similitud con restos de raíz y profunda influencia cultural *olmeca* en Monte Albán, insinúan el posible origen centroamericano de los *sechín* ¹⁵⁸.

Ilustración N° 5

Monolitos *Olmeca* y *Sechín* / Guerrero *sechín*



Fuentes:

- Salvat, *Historia Universal*, Vol. XV, p. 1825.
- Kauffmann, *Manual...*, p. 176.



Fuente:

- Kauffmann, *Manual...*, p. 180.

Miloslav Stingl afirma: “...si (...) comparamos los retratos de los *olmeca* que conocemos de Monte Albán, en Oaxaca, México, con los tan afines de (...) *sechín* (...), no podemos entonces borrar de nosotros la impresión de estar frente a los miembros de un mismo grupo que representaban y participaban de una misma e idéntica cultura” ¹⁵⁹.

El arqueólogo peruano Federico Kauffmann a su turno dice: “por la técnica de ornamentar la piedra (incisiones sobre planos) y la colocación de la misma en paramentos, puede señalarse semejanzas entre Monte Albán y Sechín” ¹⁶⁰.

Difícilmente –coincidimos– se trata de una simple semejanza, y muchísimo menos, un simple fruto del azar. No. Probabilísticamente, resulta impensable que el asombroso parecido que exhiben las ilustraciones mostradas sea un hecho fortuito. No son, sin duda, obra del mismo artista. Pero son, de modo irrecusable, producto de la misma “escuela”, fruto de la misma “cultura”. Y tampoco sería una simple casualidad que, como los *sechín*, se repete a los *olmecas* no ser precisamente un pueblo pacífico –como refiere G. Barraclough ¹⁶¹.

Y otro tanto se ha desprendido del diseño del Templo de las Haldas (en las inmediaciones de Sechín), que hasta se ha postulado “copia bastante fiel” del Templo de la Venta, en el Golfo de México ¹⁶².

¿De México al Perú y todo el Perú?

Por cierto, la similitud, por sí sola, no es prueba suficiente para establecer que los *sechín* migraran de México hacia el Perú. Por

que de ella podría desprenderse también una migración en sentido contrario.

De allí que determinar la antigüedad de los restos arqueológicos era fundamental: necesariamente el más antiguo debía ser considerado el punto de partida de la migración (lo contrario no sería sino un absurdo insostenible, a menos que se pudiera probar la existencia de otro factor aún más antiguo que los restos mencionados).

Pues bien, recurriendo a la técnica de radiocarbono 14, la arqueóloga peruana Rosa Fung llegó a determinar la antigüedad de los templos: 1300 aC para el Templo de Las Haldas cerca a Sechín, y sólo 814 aC para el Templo de la Venta de México ¹⁶³. Sostuvo entonces que, a la inversa de lo postulado por arqueólogos norteamericanos, la migración habría partido desde el Perú. “...la teoría de Rosa Fung resulta cuestionadora” –admite Del Busto ¹⁶⁴.

¿Puede considerarse concluyente y suficiente la demostración de Rosa Fung? En nuestro concepto no. ¿Cuánto se sabe realmente de la antigüedad de los respectivos monolitos? ¿Pueden o no ser anteriores a los templos?

Barraclough proporciona un dato que parece darle la razón a Rosa Fung. Refiere él que los monolitos de Monte Albán son sólo del 500 aC ¹⁶⁵. Es decir, serían tanto como mil años posteriores a Sechín.

¿Avala ello la hipótesis de que quienes “copiaron” fueron entonces los *mexicanos*? En apariencia sí, más no en su esencia misma. Como veremos, en el 500 aC en los Andes hegemonizaba todavía ampliamente la cultura Chavín.

¿Por qué entonces –a través de los comerciantes– habrían de copiar los *mexicanos*

un estilo primitivo y rudimentario, cuando habrían podido copiar lo más sofisticado de Chavín? ¿No sugiere nuestra pregunta la precariedad de la hipótesis anterior?

No obstante, y para dilucidar finalmente quién inspiró o influyó sobre quién, no puede soslayarse la necesidad de recurrir a otros datos y criterios cuya antigüedad, cuando no se conoce, amerita ser estudiada y desentrañada. Algunos de ellos, y que nos parecen más relevantes, son los siguientes:

- a) El poblamiento remoto de Centroamérica se produjo bastante tiempo antes que el del Perú: los hallazgos en Tlapacoya, México, tienen comprobadamente 29 100 años de antigüedad ¹⁶⁶; en tanto que el sólo presumiblemente más antiguo del Perú (Yauca) tendría 28 000 años.
- b) A despecho de ello, Barraclough, como muchos arqueólogos e historiadores peruanos, refieren que la agricultura, la primera de las grandes conquistas del hombre en la Tierra, se dió antes en el Perú que en México.

“En Perú –dice a este respecto el famoso historiador inglés–, ciertas especies de plantas, entre ellas las calabazas, porotos y pimientos, ya se habrían cultivado hacia el 8500 aC. Posiblemente 2 000 años después, [recién] se habría cultivado el maíz en México” ¹⁶⁷.

- c) No obstante, hacia el 2000 aC la primera de las grandes culturas que surgieron en México “la olmeca”, como refiere explícitamente Barraclough ¹⁶⁸, contaba ya con “la ciudad de Monte Albán, en Oaxaca [que] tenía una población de hasta 16 000 personas” ¹⁶⁹; cuando en los Andes sus contemporáneos peruanos, Huaca Prieta y Kotosh, eran todavía centros poblados muy pequeños.

Y hacia el 1500 aC, ya varias culturas *centroamericanas* contaban con “estelas y monumentos conmemorativos de gobernantes (...), el sistema de escritura jeroglífica, una compleja notación de cálculos basados en el calendario”, y jugaban un deporte como el fútbol, con pelota de goma, en lo que hoy llamamos un estadio “especialmente construido” para ese efecto ¹⁷⁰; cuando aparentemente Chavín, la precursora de las culturas peruanas, aún no había empezado siquiera a construir su primero y único gran edificio, el famoso Templo Viejo.

Hasta aquí podría concluirse que si las primeras grandes civilizaciones se dieron en México antes que en el Perú, es razonable concluir que a través del comercio ultramarino, necesariamente también desarrollado antes en aquellos pueblos doblemente costeros– es “más probable” que aquél haya influido antes a éste que viceversa.

Insistimos, no es necesariamente cierto; pero sí “más probable” que así hayan ocurrido las cosas. Y, sin duda, esa primera influencia cultural fue un acontecimiento completamente azaroso. Nadie lo programó. Por lo demás, a nadie acredita y a nadie desacredita. Habría sido un hecho histórico objetivo, no susceptible de juicios de valor –a menos que prevalezca el chauvinismo anticientífico–.

En otros órdenes de cosas, debe tenerse en cuenta también estos otros elementos de juicio y criterios:

- d) El único gran mito de origen claramente identificable en la costa norte del Perú (territorio en el que se desarrollaron los hechos que estamos analizando), es el contenido en la Leyenda de Naylamp que, sin embargo –y erróneamente en nuestro concepto–, muchos historiadores

reservan para la imprecisa explicación del origen de un hecho mucho más tardío: la cultura Lambayeque –o Mochica–, contemporánea a la Moche, ambas mil años posteriores a Sechín.

Pues bien, recogida por el cronista Cabello de Valboa, la Leyenda de Naylamp refiere que:

en tiempos muy antiguos [mucho antes pues del surgimiento de la cultura Lambayeque, como bien puede imaginarse, y acaso precisamente en tiempos de Sechín] vino de la parte suprema de este Pirú [¿el norte, Centroamérica, México?] con gran flota de balsas un (...) hombre de mucho valor y calidad llamado Naimlap (...y...) trajo en su compañía muchas gentes...¹⁷¹.

La Leyenda de Naylamp habla además, sugerentemente, de “grandes caracoles”: ¿acaso el *spondylus* de los mares tropicales de Centroamérica y del norte del continente (y que no existen en la costa del Perú)?

¿Hay en México una leyenda equivalente, que pueda insinuar, aunque remotamente –como en la Leyenda de Naylamp–, una migración que, a la inversa, haya llegado desde el territorio andino?

Pues bien, diversos elementos que se citan en la Leyenda, permiten por de pronto desplazar sus alcances descriptivos 250 Kms. más al sur de Lambayeque (acercándola a Sechín).

Habla ella en efecto de: 1) tañedores o músicos, 2) andas o literas, 3) aprecio por las bebidas o licores, 4) afición a la pintura facial, 5) camisetas labradas, 6) adornos de plumas, 7) hombres que llevaban cuentas, y, 8) grandes balsas¹⁷² (véase

más adelante, por ejemplo, las Ilustraciones N° 19, 20 y 21).

Es decir, todos, sin excepción, elementos archipresentes en la vida e iconografía *moche* de La Libertad (que por lo demás es notoriamente parecida a la de los *mochicas* de Lambayeque, en las que, por añadidura, reiteradamente está presente, además, la figura emblemática del *tumi*).

Así, pues, *moches* y *mochicas* –y no sólo éstos últimos, como pretende la historiografía tradicional– estarían emparentados con la leyenda –inmigracionista– de Naylamp.

- e) De otro lado, Del Busto recoge que *Cie–Quich* habría sido el nombre de uno de los “monarcas máximos” en el territorio de Moche, en La Libertad¹⁷³, suficientemente importante, “majestuoso y soberbio”, “gran caudillo”, como para que fuera retratado en la cerámica del área¹⁷⁴.

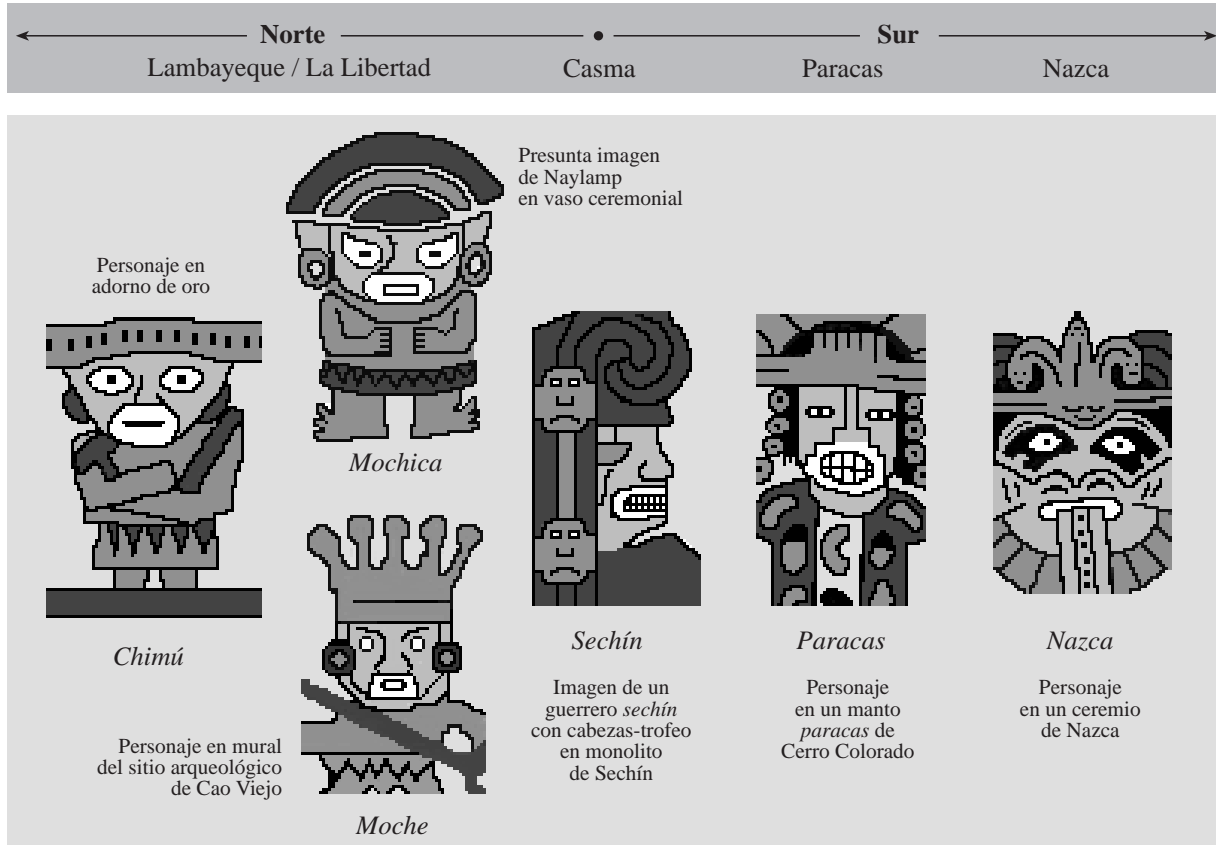
Y recoge asimismo que el que habría sido el último monarca (*mochica*) en Lambayeque se habría llamado *Xecfuin*¹⁷⁵, en extraña similitud fonética con el nombre anterior. ¿Pero es acaso difícil asociar fonéticamente *Cie–Quich* y *Xec–fuin* con *Se–chín*?

- f) La iconografía contenida tanto en la cerámica como en la orfebrería y en la pintura y escultura mural aportan otros indicios que también merecen ser tomados en cuenta.

En efecto, el característico y muy extraño labio grueso presente en la lítica *olmeca* de Oaxaca (México) y *sechín*, de tipo negroide según Frederic Engel¹⁷⁶, habrá de estar presente durante tanto como dos mil años en la costa norte del Perú: en los murales pintados de los *moche*, en vasos

Ilustración N° 6

¿Presencia y/o influencia *sechín* en toda la costa?



Fuente:
 – En Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 113, 143, 174, 306 y 307.

ceremoniales de los *mochicas* (representando presuntamente, según Del Busto, nada menos que a Naylamp¹⁷⁷), y por último en la orfebrería *chimú* del siglo XV dC. Y, aunque una vez más en la costa, reiterativamente está también presente en los mantos *paracas* y, siglos más tarde, en la cerámica *nazca*.

La Cultura Nazca, durante su esplendor, nos muestra en su arte rostros negroides. Es decir, cuando a su vez Nazca era el punto de la costa más próximo y con mejores y estrechos vínculos con Tiahuanaco, también en su apogeo. No sería por ello una simple casualidad que –como a-

caba de difundir la televisión por cable¹⁷⁸, el Altiplano también albergue monolitos con imágenes de rostros negroides e incluso insólitos personajes barbados. ¿A-caso unos y otros también de origen *sechín*?

Una vez más en el área cordillerana, una cabeza lítica con esas mismas características faciales negroides, encontrada en el sitio de Querullpa Chico II, en el valle alto del río Majes, en la provincia de Castilla en Arequipa, ha sido reconocida por Linares Málaga como de origen Tiahuanaco¹⁷⁹, pero bien podría ser de origen Nazca.



Elaboración propia. / Escultura *olmeca* de pronunciados rasgos negroides (1200 - 900 aC).

Fuente: Barraclough, **Atlas de la Historia Universal**, pp. 84-85.

Asumamos por un instante con Engel, que efectivamente el grueso labio insinúa un típico rasgo negroide. Es difícil, muy difícil, imaginar una migración siquiera accidental de África a los Andes. No así al golfo de México.

Al fin y al cabo –como muestra el Mapa N° 10–, los vientos alisios del Atlántico –los mismos que siglos más tarde trajeron a Colón hasta las inmediaciones de ese golfo–, pudieron también accidentalmente traer antes habitantes del occidente *africano*, los que sin duda habrían causado enorme impresión entre los *olmecas* y otros *centroamericanos*.

Por lo demás, como muestra el mapa, tanto el territorio *olmeca* como Oaxaca están virtualmente en un istmo, la parte más estrecha de México, con costas tanto en el Atlántico, por donde habrían llegado los *africanos*; como en el Pacífico, por donde habrían viajado ellos –o sus descendientes– y sus anfitriones hacia el Perú.

Datos demográficos contundentes muestran sin embargo que las eventuales migraciones *africanas* a Centroamérica debieron ser escasas y numéricamente muy reducidas.

Así, el mestizaje genético, si lo hubo, habría perdido presencia en pocas generaciones. Quizá por ello no había indicios de población negroide –aunque sí de tez oscura– entre los *centroamericanos* que encontraron los conquistadores *europeos* siglos más tarde.

g) Habiendo ingresado a terrenos de la etnología y demografía, hay pues otro aspecto a considerar, aunque siempre a título de hipótesis, en la probable y antigua presencia *mexicana* en la historia del Perú. Terrenos sobre los que, dicho sea de paso, la historiografía tradicional ha sido exageradamente aprensiva. Porque habiendo hablado ella de las migraciones originarias que poblaron el territorio andino, prácticamente nunca ha precisado cuáles son en efecto los pueblos del Perú en los que se expresa tal o cual ascendencia genotípica y fenotípica, o, si se prefiere, en quiénes y cómo se manifiesta eventualmente hoy la vieja impronta de los primeros inmigrantes *asiáticos*, de Oceanía, o de otros rincones del planeta.

Son harto elocuentes sin embargo los diversos orígenes étnicos de las diversas manifestaciones fenotípicas que hoy exis-

ten en el territorio peruano. No se requiere ser un observador muy acucioso para distinguir las diferencias que exhiben en el rostro los *aymaras* del Altiplano respecto de los *ashaninkas* de la Amazonía, y los *quechuas* del Cusco. Y las de todos ellos con, por ejemplo, los campesinos de casi toda la costa peruana, tanto del norte como del sur.

Y no puede soslayarse que, de todos esos rostros, sólo los de los campesinos de la costa peruana, se nos presentan casi como hermanos con sus homólogos *mexicanos*. ¿No coadyuva acaso esa similitud a la hipótesis inmigracionista? Ciertamente. Pero no nos dice si la fuente original estuvo en México o en el territorio andino. Una vez más, entonces, estamos ante la necesidad de recurrir a otro factor para definir una respuesta probable.

Así, sólo tomando en consideración que la población *mexicana* actual es tanto como veinte veces mayor que la de la costa del Perú (excluyendo numéricamente la población actual de Lima), salta como evidente que, de haber habido alguna migración, ésta indudablemente habría partido de México al Perú, y en ningún modo a la inversa.

¿Puede la genética moderna contribuir a afirmar o descartar la validez de la hipótesis –habida cuenta incluso del intenso mestizaje autóctono–europeo que se operó en los siglos siguientes en uno y otro territorio–?

- h) Ni la Etnología, ni la Demografía ni la Historia parecen haber enfrentado nunca otro de los enigmas étnicos y fenotípicos del Perú: Cajamarca. ¿Sigue siendo el tema un tabú? Pues bien, para nadie es un secreto que la inmensa mayoría de los campesinos norcordilleranos de ese terri-

torio son de tez significativamente clara –si se la compara con la de sus pares surcordilleranos–, y, en promedio, de una talla aparentemente más alta que éstos.

Y para nadie es tampoco un secreto que orgullosamente se reputan descendientes de “enormes hombres blancos”. Coincidentemente, los monolitos de *sechín* sugieren tanto lo uno como lo otro.

Hay, no obstante, otros indicios que apuntan en el sentido de que habría habido una fuerte y consistente presencia cultural –básicamente étnica y etno–lingüística– de *sechín* en Cajamarca y muchísimos otros rincones del territorio andino que, como veremos, incluyen Huaura y Yauyos pero también Cañete. Pero además incluso en Camaná –como también habrá de verse posteriormente– y Tiahuanaco.

- i) Adicionalmente –y para terminar–, veremos insistentemente, a lo largo del texto, cuán profunda y vasta puede considerarse la influencia lingüística *centroamericana*, y *mexicana* especialmente, que, a través de los topónimos, parece descubrirse en todo el territorio andino y, en general, sudamericano.

Aventureros y temibles guerreros, provistos de sólidas y contundentes armas, los *sechín* habrían terminado su largo periplo hasta la costa norte del Perú aproximadamente hace 4 000 años. Habría sido un viaje presumiblemente marítimo. Porque hay buenas razones para imaginarlo –como veremos más adelante–.

Y terminaron por fin instalándose en torno a Casma. Esto es, en un área ocupada desde tiempos muy remotos (si con todo derecho nos retrotraemos hasta el Hombre de Paiján, por ejemplo). En mérito a ello, puede sospecharse con razón que la zona contaba con

población autóctona, sino numerosa, profundamente identificada con sus valles ancestrales.

Recurriendo a las cifras proporcionadas en el Cuadro N° 2 (de páginas anteriores), puede estimarse que hacia el 2 000 aC aproximadamente 450 000 personas habitaban el conjunto de los 20 valles de la costa norte peruana.

Esto es, en grueso promedio, no más de 23 000 habitantes, o no más de 4 600 varones adultos por valle. Mas no concentrados en grandes poblados –que no los había–, sino profusamente desperdigados a lo largo y ancho de cada valle, en grupos apenas minúsculos. Y tanto más importante, casi desprovistos de armas e infraestructura de defensa militar. Así –imaginémoslo– una imprevista incursión de 200 invasores fuertemente armados habría resultado demoledora

Los monolitos de Sechín despejan cualquier duda: la desproporción de equipamiento (y tecnología bélica) habría sido apabullante.

Violencia, cuando menos, es el espíritu que transmiten aquellas piedras, retrato de los acontecimientos: de un lado, individuos armados de contundentes objetos; y del otro, rostros con inequívocos gestos de rabia y odio; patéticas expresiones de dolor; cuerpos seccionados, decapitados, brazos sueltos, vísceras regadas, etc.

Los impresionantes restos líticos de Sechín dan cuenta, sin género de duda, de sangrientos y prolongados conflictos. He allí los victimarios y sus víctimas; los vencedores y los vencidos ¹⁸⁰.

Eventualmente pues, habrían sido también entonces los *sechín* quienes instauraron las prácticas de canibalismo en los Andes.

Porque, hasta donde hay evidencias irrefutables, son las piedras de Sechín las que contienen las primeras y más antiguas imágenes de cabezas–trofeo como atavío de orgullosos y triunfantes guerreros según claramente se observa en la imagen correspondiente de la Ilustración N° 6 (en la página 107).

Difícilmente hubo pues gran resistencia a los invasores. Y éstos, posicionados de una importante cabecera de playa en las costas de Casma, poco a poco fueron convirtiéndose en el azote de sus vecinos inmediatos y mediatos de la costa norte.

Los *sechín* quizá enfrentaron y derrotaron a muchos pequeños y antiguos pueblos de la región. Sus artistas, sin embargo –sea por propia iniciativa o a instancia de sus jefes–, dejaron a la posteridad sólo la imagen de dos de los más importantes protagonistas: de un lado, la de ellos mismos, por supuesto; y, del otro, la de los que a la postre habrían sido sus más significativos y enconados rivales. Aquéllos: erguidos, fieros, soberbios y triunfantes. Éstos: doblegados, mansos, humillados y vencidos.

Ni la guerra entre dos “pequeños” adversarios, ni el enfrentamiento entre uno “grande” uno “chico” habrían generado tanta violencia como la que registran las piedras de Sechín. Ello sólo fue posible cuando contrastaron sus fuerzas dos “grandes” adversarios. “Grandes” tanto por la animosidad en que estaban envueltos, como por la proporción y magnitud objetiva de las fuerzas que cada uno poseía.

Relativamente cerca de los *sechín*, pero ya no en la costa sino en el macizo andino, tras la cordillera Negra, se hallaban asentados, desde muchos siglos atrás, los *chavín*, en el Callejón de Huaylas y en el contiguo Callejón de Conchucos.